



... debemos reflexionar sobre el
concepto de espacio vital.

REFLEXIONES IMPERTINENTES SOBRE LA CAMPAÑA DEL CONTROL DE NATALIDAD

S. de Anitua

INTRODUCCION :

La campaña para el control de la natalidad se ha extendido al mundo entero y con mayor intensidad a los países subdesarrollados o en vías de desarrollo. Es, ciertamente, normal que el hombre controle y racionalice todas sus actividades humanas. Pero el miedo hoy a la explosión demográfica parece estar convirtiéndose en pánico; de ahí que la campaña controladora de la natalidad se haya lanzado con el entusiasmo y el fanatismo de una cruzada liberadora de los males de la humanidad. Tanto entusiasmo, tanto interés, tanta presión por parte de las Organizaciones Internacionales, que condicionan incluso sus ayudas económicas a la implantación de dicho control, hace sospechar, sin embargo, al pensador desapasionado, que no es válido todo lo que se pregona en las propagandas controlistas.

En este artículo vamos a hacer algunas reflexiones sobre la necesidad del control de natalidad a escala mundial.

No vamos a fijarnos en concreto en los problemas particulares de algún país especial —pongamos El Salvador en nuestra América Latina— ni mucho menos en la problemática que pueda presentar una familia concreta. Los problemas particulares necesitan un estudio particular. Pero la Campaña de Control de Natalidad tiene un volumen mundial y se presenta como una necesidad urgente de la humanidad contemporánea. En esta amplitud planteamos nuestras reflexiones.

1. ARGUMENTOS NEO-MALTHUSIANOS DEL CONTROL NATAL.

a) La falta de espacio vital

Es uno de los argumentos, que cobran fuerza a simple vista. La tierra se está poblando con ritmo vertiginoso. Según los índices de natalidad establecidos científicamente,

es cuestión de tiempo —poco tiempo, en perspectiva histórica— para que la tierra tenga una densidad insostenible de habitantes por kilómetro cuadrado.

La validez, sin embargo, del argumento descansa en el valor científico que tengan tales índices de natalidad y en el concepto que tengamos de espacio vital. Y, aún eso, de cara al futuro. Hoy no podemos decir que el planeta esté superpoblado. Y menos aún los continentes en vías de desarrollo: África, América Latina y aún Asia —si lo consideramos como continente. América Latina en particular es un continente con una densidad de población francamente escasa. Quizá Latinoamérica necesita más potencial humano y, sobre todo, mejor preparado para sacar a luz todo su potencial económico.

Josué de Castro en su libro *Geografía del hambre* (1) hace esta aclaración al argumento del índice de natalidad: *"Para dar un tinte de realidad a sus profecías (los neomalthusianos) basaron sus predicciones en el aumento del coeficiente medio anual de población durante los dos últimos siglos y calcularon que dentro de trescientos años el mundo tendría 21.000 millones de habitantes. Este cálculo tiene tan poco valor como los de Malthus, que ya han sido invalidados por la historia. Los cambios sociales de los próximos trescientos años podrán determinar tanto un aumento como un decrecimiento de la población actual. Puesto que no poseemos información acerca de la sociedad de los siglos venideros, las predicciones a largo plazo sobre los cambios en el volumen de población son puras especulaciones y, por consiguiente, carecen de valor práctico"* (2).

Como veremos más tarde, la explosión demográfica depende de muchos factores, entre ellos los culturales, que, a su vez, dependen de factores económico-sociales, que están sujetos a cambios históricos. Y ojalá se propugnaran más estos cambios humanos, que la esterilización de las mujeres fecundas. El cambio social puede traer la modificación de los índices de natalidad y un auto control humano de la misma, sin emplear precisamente medios artificiales y métodos expeditivos, pero quizá tan inhumanos como eficaces. Por otra parte, estamos viviendo una época de violencia y de crisis, que amenaza incluso a la supervivencia de la humanidad como tal. El Concilio Vaticano II, apunta esta posibilidad y la raíz última de ella: *"Los individuos y las colectividades, subvertida la jerarquía de valores y mezclando el bien con el mal, no miran más que a lo suyo, olvidando lo ajeno. Lo que hace que el mundo no sea ya ámbito de una auténtica fraternidad, mientras que el poder acrecido de la humanidad está aumentando con destruir al propio género humano"*. (GS. 37).

Creemos, sinceramente que la campaña más eficaz de natalidad la han ejercido las armas modernas y la violencia internacional. Claro, que éste no es el método más humano. Pero si en el horizonte de nuestros cálculos científicos sobre la población del mundo entra también la posibilidad de un

conflicto mundial atómico, tal vez los índices de natalidad no aparezcan tan abultados.

Por fin debemos reflexionar sobre el concepto de espacio vital. Hoy tenemos densos núcleos de población en áreas verdaderamente pequeñas. Las ciudades pulpos edificadas con rascacielos son un signo de lo que decimos. Un metro cuadrado de tierra puede tener muchos metros de altura. Y tierras que hoy se tienen por inhabitables no tienen porque serlo. Y aún tenemos al mar, tal vez, con capacidad habitacional submarina. Y está el universo en capacidad posible de hospedar a los terrícolas osados.

El argumento malthusiano cobra más fuerza, si no miramos el mero hecho del metro cuadrado por habitante, sino que lo conjugamos con la necesidad de atmósfera respirable, de agua potable y de intimidad tranquilizante.

Sin embargo, la atmósfera de nuestros días no está contaminada tanto por la población, cuanto por la industrialización desaforada y egoísta, que mira únicamente al propio lucro sin tener en cuenta el ser natural de las cosas. La industria está transformando a nuestro planeta en un mundo artificial, objeto de botín y de rapiña. Hemos olvidado lo que es un río, para aprovechar su fuerza motriz o su fuerza purificadora de cloaca; hemos olvidado lo que es un bosque, para computarlo como un rubro de ganancia maderera y explotarlo sin compases románticos. La atmósfera respirable no se tornará venenosa solamente por la explosión demográfica. Y el ingenio del hombre ya está buscando los medios para prevenir los peligros de la polución ambiental. El Támesis ha vuelto a ser lugar de esparcimiento para los peces del Atlántico.

Lo mismo podemos decir del agua, que es más elemento industrial, que vital en nuestros días.

En cuanto al espacio de intimidad tranquilizante, la objeción nos parece más grave, pero más banal. Los neomalthusianos juzgan que la aglomeración hace a las personas violentas y propicias a las colisiones. Es, en parte, verdad; pero no es toda la verdad. Ante todo la intimidad se ha perdido, incluso en los desiertos, más por obra de la industria lucrativa, que por el hacinamiento de las personas. Los medios de comunicación social han traído la calle a los desiertos. Las campañas políticas, las sofismas partidistas, racistas y revolucionarias, afectan y perturban lo mismo al solitario que al ciudadano de las grandes ciudades. Y la violencia tiene su raíz más en la deshumanización de nuestra cultura, que en la abundancia de hombres. La educación de un hombre nuevo es más importante que el control de natalidad para conseguir la paz del mundo.

Si el problema, a nivel mundial, no nos parece urgente, sí puede plantearse con urgencia decisiva en ciertos países superpoblados. Pero, además de no querer plantear la problemática en este campo, ello nos llevaría a discutir la racionalidad de las fronteras geográficas. ¿Es el concepto de

frontera una superestructura nacida de la mentalidad capitalista de nuestra época? Tomamos, quizá, la nación como la casa propia y exclusiva de un grupo de gentes, que excluyen de ella a los ajenos o que les exigen, al menos, permiso, para ingresar a ella. La historia de las fronteras y de los cambios de fronteras nos habla mucho de lo artificial de tales divisiones entre hombres. Las últimas guerras europeas nos señalan cómo se han dividido y nacido muchas naciones. La frontera ha sido, en muchas ocasiones, una línea de tinta china trazada sobre un mapa desde un despacho, en el que se firmaba un tratado de paz. Y, quizá, el origen de nuestras fronteras latinoamericanas haya que buscarlo en los documentos ejidales del tiempo de la independencia. De todas formas, creo que el ideal de una humanidad unida y universal va abriéndose camino en la conciencia de nuestro tiempo. Los esfuerzos de la Comunidad Europea, de la Sociedad de las Naciones antes y ahora de la ONU, señalan, aún rudimentariamente, pero de una manera inequívoca este nuevo camino de humanidad.

b) El agotamiento de los alimentos

Es otro argumento para los neo-malthusianos. Pero, juzgo, que se le pueden poner otros tantos reparos. Oigamos, de nuevo, a Josué de Castro: *"Otra idea alarmista, desprovista de base real, es que la producción de alimentos no puede ser incrementada, porque hemos alcanzado los límites prácticos del aprovechamiento del suelo, así como de saturación humana. Los hechos son, primero, que del 50 o/o de la superficie cultivable del globo sólo se explota un 10 por ciento; y, segundo, que la producción por acre en la mayor parte del mundo puede ser considerablemente incrementada mediante la racionalización de la agricultura. El comité especial de la F.A.O., que redactó el informe de la encuesta mundial sobre alimentos, llegó a la conclusión de que la producción de trigo en la India podría ser elevada en un 20 o/o mediante el uso de fertilizantes, un 5 o/o, introduciendo nuevas variedades y un 5 o/o mediante la protección contra las plagas. El informe sigue diciendo que tras este período nuevas medidas podrán elevar el aumento hasta un 50 por ciento. Lo mismo se puede lograr en muchas partes del mundo. (3).*

Si miramos la composición de nuestro planeta sobre un mapa, podremos advertir lo siguiente: *"Los océanos cubren un 71 o/o de nuestro planeta y el 29 o/o restante constituye la parte sólida de la tierra. Esta parte abarca una zona de unos cincuenta y seis millones de millas cuadradas, de las cuales un 30 o/o está cubierta de bosques, las llanuras herbáceas ocupan un 20 o/o, un 18 o/o es terreno montañoso y un 32 o/o es desierto tórrido o polar. Según Robert Salter y Homer Schantz, especialistas del Departamento de Agricultura de los Estados Unidos, sólo 25 millones de millas cuadradas —la mitad de la superficie terrestre del planeta, pueden ser objeto de explotación agrícola mediante los actuales métodos de utilización del suelo. Las zonas desérticas y montañosas no son consideradas laborables, aunque últimamente se han obtenido notables éxitos de técnica*

agrícola en estas regiones. No obstante, esta prudente estimación da a la humanidad unos 16.000 millones de acres para cultivar, unos ocho acres por individuo con arreglo a la actual población del mundo. Personas autorizadas en materia de agricultura y de nutrición han estimado que bastan aproximadamente dos acres por persona para proporcionar los elementos indispensables de una dieta racional. El cultivo, con arreglo a esta proporción, sólo utilizaría una cuarta parte de la tierra arable del mundo. Hasta ahora la superficie cultivada no ha llegado a dos billones de acres, una octava parte de las posibilidades naturales de la tierra . . . La mitad del suelo del mundo ha sido excluido de este cálculo. Las montañas y los desiertos no han sido computados como útiles, a pesar de que recientemente se han fertilizado cientos de miles de acres de desierto tropical, mediante la moderna irrigación, y los rusos, con sus sorprendentes procedimientos agrícolas, están incorporando a la zona productiva de su país, una ancha franja de desierto polar . . . Las más conservadoras cifras de los técnicos americanos demuestran que el problema del hambre no es un problema de limitación de la producción, sino un problema de distribución. Frank Boudreau señala que "hemos obtenido mayor éxito en la producción de alimentos, que en su adecuada distribución. La guerra y el hambre son creaciones del hombre. (4)

Hemos subrayado nosotros la sentencia final de Josué de Castro, porque es terrible. De hecho, si miramos más de cerca el argumento de la insuficiencia de alimentos para la explosión demográfica, que nos amenaza, aún podemos notar más facetas discutibles en el mismo. No sólo se ha excluido en el cálculo de las despensas mundiales a la mitad del suelo, sino que se ha excluido también al mar, que constituye el 75 por ciento de la superficie de nuestro planeta. El mar es una despensa aún incultivada y salvaje: está en una era de economía depredativa. No sembramos al mar. Y puede ser cultivado. Las factorías piscícolas japonesas son una muestra de ello. Además aún se ha comenzado apenas a investigar las posibilidades vegetales alimenticias del mar: algas, plancton, etc. Josué de Castro tampoco considera el avance real y posible —aún estamos casi en los comienzos— de la química alimenticia: vitaminas, minerales, proteínas sintéticas. La ciencia alimenticia está todavía comenzando en todos sus campos: híbridos vegetales, animales, etc. Josué de Castro continúa: *Hay unos dos millones de especies conocidas de animales, pero sólo 50 han sido domesticadas y forman parte de nuestra alimentación. De igual modo, de las 350.000 especies vegetales del mundo, se cultivan 600. El hombre civilizado ha restringido su dieta básica a un pequeño grupo insignificante de las variedades naturales, que existen sobre la superficie de la tierra. Un estudio de las poblaciones primitivas de Costa de Oro demostró que los habitantes de una pequeña comunidad de aquella región africana incluían en sus dietas unas 114 especies de frutas, 46 especies de semillas leguminosas y 47 de verduras (5).*

La escasez de alimentos de nuestros días y en muchos de nuestros países no se funda en la densidad demográfica

de los mismos o en la insuficiencia de suelo cultivable: es más profunda. Se basa en la falta de cultura, en el subdesarrollo cultural y técnico de los mismos. El hambre es producto del subdesarrollo y del egoísmo de los países desarrollados: esos mismos que propagan e imponen el control de natalidad. Quizá el ejemplo de Holanda y de algunos países europeos puedan ilustrar nuestra afirmación.

Josué de Castro compara la densidad de población y la extensión de suelo cultivado y cultivable en la India —uno de los países típicos por las epidemias de hambre y en los que se ha procurado incrementar con mayor empeño el control de natalidad— con otros países europeos, más densamente poblados aún que la India y con menor extensión de terreno cultivable. Y la comparación es aleccionadora. Quizá muchas de las notas, que se aplican a la India puedan ser aplicadas también a nuestros países latinoamericanos. Y, quizá también, al aplicarlas podamos descubrir algunas de las causas profundas del hambre que padece la mayor parte de los latinoamericanos. Dice Josué de Castro:

“Cuando se compara la población de la India —450 millones de habitantes— con su superficie terrestre —aproximadamente dos tercios de la de Estados Unidos— comprobamos que la densidad relativa media de habitantes —250 por milla cuadrada— aunque no es baja, tampoco es de las más altas del mundo. Es superada por una docena de países, entre los que cuentan naciones relativamente prósperas, como Bélgica, Holanda e Inglaterra. Lo que diferencia demográficamente a la India de estas naciones es el carácter rural de su población: el 87 o/o del pueblo indio vive en pequeñas aldeas, de las que Cressey da una cifra, que se aproxima al millón. Esta población rural se concentra en los valles fértiles y en los llanos aluviales y cultiva unos 330 millones de acres de tierra. Al trabajar sólo las zonas más fértiles y fácilmente regadas, los indios han dejado sin cultivar hasta ahora una zona estimada en 150 millones de acres, todos ellos de tierra arable. Se puede decir, pues, que, a pesar de la enorme presión demográfica de ciertas regiones —el valle del Ganges, el delta de Bengala, las regiones de Orissa y Cochín—, un tercio de los recursos de la India están sin explotar. No es cierto, pues, que la India haya agotado sus recursos naturales. Además de sus posibilidades agrícolas están sus reservas de minerales, muy considerables. El petróleo de la India se calcula que constituye el 3 o/o de las reservas mundiales. Su potencial hidráulico está valorado en 27 millones de HP, cifra más elevada que los 20 millones de China y el Canadá, y casi igual a los 28 millones de Estados Unidos. Estos recursos, lejos de estar agotados, se hallan prácticamente sin tocar. Ni siquiera se han sacado a la superficie. Ciertamente no se puede afirmar que haya un exceso de población en la India en relación con los recursos potenciales del país. El hambre en la India no se debe a un exceso absoluto de población, ni es consecuencia de un crecimiento demasiado rápido. Como ha señalado P. K. Wattal, el crecimiento de la India, en general, ha sido lento e irregular. Su índice de 33 por mil está muy por debajo de los índices de natalidad de la mayo-

ría de los países latinoamericanos, africanos y orientales.” (6).

El hambre en la India no se debe a la explosión demográfica, sino a la incultura. Y a una incultura provocada por agentes egoístas: el feudalismo interno y el colonialismo exterior. Si recorremos los diversos países, donde el hambre impera, veremos, con Josué de Castro, estas mismas razones, como causa de tal plaga. No es tanto, controlando la natalidad, cuanto quitando estas causas profundas, como podremos hacer una humanidad más rica y más humana. Sigamos con Josué de Castro: *“La miseria de la India no se debe al exceso de población y a la saturación de su suelo. Las verdaderas causas se relacionan con la inadecuada explotación de sus recursos naturales y humanos y con las consecuencias extremadamente adversas del sistema colonial inglés. —La India sólo cultiva dos tercios de su tierra arable. Y, si bien esta limitada superficie sufre un intenso cultivo, su rendimiento es mucho menor que el rendimiento medio del resto del mundo. Italia y Alemania, que tienen una población mayor en relación a su superficie, extraen del suelo anualmente una producción de alimentos, que equivale a un millón y dos millones de calorías, respectivamente, por habitante. En la India la ración individual de calorías obtenidas anualmente del propio suelo sólo llega a 800.000, cantidad totalmente insuficiente para satisfacer sus necesidades mínimas. La India produce 14 quintales de arroz por hectárea, mientras que Italia produce 50, España 45, Japón 35, y Rumanía 24. El bajo rendimiento del cultivo del arroz se ha atribuido a la pobreza del suelo, situado casi en su totalidad en la zona tropical, pero ese argumento no tiene fuerza ante los siguientes hechos: Egipto produce 30 quintales por hectáreas; Surinam 25 y la Guayana Inglesa 22. La baja renta agrícola de la India se debe primordialmente a los primitivos métodos de cultivo. Las técnicas son rudimentarias. La agricultura está a merced de los caprichosos monzones, sin selección de semillas, ni control contra las plagas, con instrumentos toscos y abonos inadecuados (principalmente estiércol de vaca). Los inmensos rebaños de la India, estimados en 200 millones de cabezas, podrían suministrar una buena provisión de estiércol, pero la población rural es demasiado pobre para utilizarlo todo como abono. En las llanuras cultivables, como la madera es escasa y cara, los campesinos se ven obligados a utilizar como combustible el estiércol de vaca . . . Quemar más de 65 millones de toneladas de estiércol, un 40 o/o más o menos de la producción anual estimada en 160 millones de toneladas en seco. Un 20 o/o, aproximadamente, se pierde, porque no es recogido, y sólo queda un 40 o/o para fertilizar la tierra. —Otra causa determinante de la baja renta agrícola es un régimen de propiedad, que hace imposible el uso racional del suelo. Cerca de un 48 o/o de las tierras cultivables pertenece a propietarios en gran escala; los grandes latifundios pertenecen a unos seis u ocho millones de estos señores feudales, mientras que las tierras están ocupadas por cientos de millones de arrendatarios. Los grandes propietarios son hombres de negocios más que agricultores y no se interesan*

por la agricultura más que como fuente de beneficios . . . El régimen feudal explica también el gran número de epidemias de hambre, que se declaran, cuando, de hecho, no hay crisis real en la producción de alimentos. Los campesinos no pueden utilizar sus propias cosechas para mantenerse y tampoco pueden comprar el producto de su propio trabajo. Es corriente en la India continuar las exportaciones de alimentos, mientras gran número de personas mueren de hambre. Richard Temple nos dice que durante el hambre de 1877, cuando murieron de inanición cuatro millones de personas, la exportación de alimentos por el puerto de Calcuta no se detuvo ni un momento" (7).

Si contemplamos el hecho de una agricultura, no ordenada a la satisfacción de las necesidades de la población, sino al comercio lucrativo, veremos cómo pueden coexistir grandes capitales, sacados de la agricultura, con grandes poblaciones de agricultores hambrientos. La India fue famosa por sus especias. Esta riqueza fue casi la determinante de que se descubriera América: Colón iba buscando un camino nuevo hacia la India. China fue famosa por sus sedas y esta fama llevó a construir el célebre camino de la seda. Millones de personas se dedicaban al cultivo de las especias y al cuidado de los gusanos de seda. Estos productos hacían posible el lujo oriental de los grandes mandarines chinos y de los rajás y majarahás indios. Los productos tenían un gran precio en el mercado occidental, pero los salarios de los trabajadores eran mínimos. Como los gusanos de seda y las especias no constituyen alimentos nutritivos, los cultivadores debían comprar con el producto de sus trabajos alimentos baratos, de poco poder nutritivo: pastas, arroz, etc. La dieta de hambre era general en una nación de grandes palacios de mármol y de grandes rebaños de elefantes.

Josué de Castro hace una observación antropológica, que no es decisiva como argumento en contra de la cultura, pero que nos puede hacer pensar: "Los antropólogos no encuentran armas o signos de lucha organizada en los depósitos paleontológicos de los grupos humanos más primitivos, ni muestran sus esqueletos fosilizados señales de deficiencias alimenticias. Los esqueletos correspondientes a sociedades más adelantadas llevan grabadas las pruebas de carencias alimenticias, los estigmas biológicos del hambre. Se puede concluir que la guerra y el hambre llegaron cuando el hombre hubo alcanzado un estadio cultural, en que empezó a acumular reservas y a defender la riqueza acumulada; es decir, comenzaron con las dificultades creadas por el hombre en relación con la distribución de las riquezas naturales" (8).

2. EL HAMBRE Y LA INCULTURA CAUSAS PRINCIPALES DE LA EXPLOSION DEMOGRAFICA.

Podríamos, incluso, retorcer los argumentos neo-maltusianos del control de natalidad, mostrando que la explosión demográfica obedece en gran parte precisamente al hambre y a la incultura. De ahí que el medio más racional, más humano y más radical, sea precisamente quitar estas causas últimas de la explosión demográfica. A veces podría

parecer que se ha escogido el método de la esterilización temporal o total, no sólo por ser el más seguro, sino también por ser el más fácil, aunque sea el más superficial y el menos humano. La esterilización nos parece que no soluciona el problema profundo de la explosión demográfica, sino que lo esconde, porque nos avergüenza.

Tratemos de probar nuestra tesis :

a) El hambre causa de la explosión demográfica.

Josué de Castro expone los argumentos sociológicos y psicológicos, en que apoya su aserto. "Grupos de personas sometidas a una desnutrición persistente parecen estimuladas sexualmente. Muestran un claro aumento de fecundidad en relación con los mejor alimentados. Esta intensificación de la capacidad de reproducción en personas, que sufren hambre crónica, se desarrolla a través de un complejo proceso, que incluye factores fisiológicos y psicológicos. El efecto psicológico del hambre crónica consiste en aumentar suficientemente la importancia de las funciones sexuales, para compensar emocionalmente la reducción del apetito nutritivo. En circunstancias normales, según se reconoce unánimemente, los instintos de reproducción y nutrición compiten entre sí y, cuando se retira uno, avanza el otro. Así, pues, cuando el hambre crónica, especialmente el hambre crónica de proteínas y de ciertas vitaminas produce una inapetencia crónica y una pérdida de interés por el alimento, el instinto sexual se hace dominante. El famélico crónico, cuyo apetito de alimentos se halla embotado y es fácilmente satisfecho, desvía su atención de sus instintos nutritivos debilitados. La actividad, que se presenta como biológicamente importante y psicológicamente satisfactoria, es la actividad sexual.



. . . eliminando los gastos militares del mundo, se evitaría el hambre.

Así se acentúa una necesidad primaria para compensar la disminución de la otra. —La exagerada sensualidad de algunas sociedades o clases sociales, que viven en una situación de desnutrición crónica, se explica por este mecanismo de compensación. Pero su alto índice de fecundidad es debido también a un importante aspecto fisiológico del hambre. Los ganaderos saben, desde hace mucho tiempo, que los animales, que engordan demasiado, pueden quedar estériles y que la reducción de las raciones alimenticias les hará recuperar la fecundidad. Este hecho empírico no ha causado una gran agitación en círculos científicos. Pero hoy disponemos de datos experimentales y observaciones sistemáticas que explican la relación entre alimentos y fecundidad, y permiten comprender cómo operan las deficiencias nutritivas parciales, para acelerar la multiplicación de una especie. El hambre de proteínas, que lleva consigo un déficit de ciertos aminoácidos importantes, aumenta considerablemente la fecundidad de los animales. Pruebas de ello las dan los sensacionales experimentos realizados por J. R. Slonaker, que no han sido todavía objeto de la atención, que se merecen. Slonaker, sometió a grupos de ratas a dietas de diversos contenidos de proteínas y estudió sus índices de reproducción durante seis generaciones. Comprobó que las dietas ricas en proteínas, cuando las proteínas constituían el 18 o/o del total de calorías, eran desfavorables en todos los aspectos a la reproducción de la especie; incrementaban la esterilidad, retrasaban la época de fecundación de las hembras y reducían el número de partos y el de crías en cada parto. Algunas cifras de Slonaker son tan elocuentes, que merecen que las presentemos detalladamente. Slonaker observó que, cuando las ratas machos recibían una dieta, cuyo contenido de proteínas era sólo un 10 o/o de su total de calorías, el 5 o/o de ellas eran estériles; cuando el contenido de proteínas se aumentaba a un 18 o/o y a un 22 o/o, la esterilidad aumentaba hasta un 22 y un 40 o/o respectivamente. En las hembras el mismo aumento de proteínas en la dieta elevaba el índice de esterilidad de un 6 o/o a un 23 y un 38 o/o respectivamente. En el número de crías de los diversos grupos de ratas hubo diferencias impresionantes. Comiendo un 10 o/o de proteínas, cada rata producía un promedio de 23.3 crías, con un 18 o/o de proteínas, 17.4; y con un 22 o/o, sólo 13.8. Lo mismo sucede en la especie humana. Los grupos de más alta fecundidad son los que tienen el porcentaje más bajo de proteínas completas, proteínas animales, en sus dietas habituales. Los índices de natalidad más altos del mundo se registran en ciertos pueblos del Extremo Oriente, Africa, América Latina, donde la proporción de productos animales en la ración habitual no llega a un 5 o/o del total de alimentos consumidos. En contraste con esta situación, los índices de natalidad más bajos se dan entre los pueblos de Europa Occidental, Estados Unidos, Australia, Nueva Zelanda, donde la proporción de alimentos de origen animal en la dieta alimenticia alcanza, respectivamente, un 17 o/o (Europa Occidental), un 25 o/o (Estados Unidos) y un 36 o/o (Australia y Nueva Zelanda). Geográficamente los países de alta índice de natalidad (superior a 90) son todos los países tropicales, cuyas condicio-

nes geográficas y económicas son inadecuadas tanto para la producción, como para el consumo de proteínas de origen animal. La dieta predominantemente vegetal de esos países es, ciertamente, uno de los factores decisivos de su fecundidad. Si comparamos el índice de natalidad con el consumo de proteínas animales en todo el mundo, hallamos una clara correlación entre los dos factores, disminuyendo la fecundidad a medida que se eleva el consumo de proteínas" (9).

Josué de Castro concluye: "La exagerada multiplicación de la humanidad por su excesiva fecundidad es, en definitiva, un problema de hambre específica, uno de los fenómenos más extraños del hambre universal. El hambre es responsable de la superproducción de seres humanos, excesivos en cantidad e inferiores en calidad, que son ciegamente lanzados al metabolismo demográfico del mundo". (10).

Una confirmación gráfica de cuanto ha expuesto Josué de Castro puede darla el cuadro, que presentamos:

Países	Ind. de nat.	Cons. de prot.
Formosa	45.6	4.7
Malasia	39.7	7.5
India	33.0	8.7
Japón	27.0	9.7
Yugoeslavia	25.9	11.2
Grecia	23.5	15.2
Italia	23.4	15.2
Bulgaria	22.2	16.8
Alemania	20.0	37.3
Irlanda	19.1	46.7
Dinamarca	18.3	9.1
Australia	18.0	59.9
Estados Unidos	17.9	61.4
Suecia	15.0	62.6

Biológicamente el fenómeno tiene su explicación: "Biológicamente la fecundidad depende del funcionamiento de órganos, cuya acción es regulada, en gran parte, por hormonas, que son las secreciones internas de ciertas glándulas. En las mujeres, la fecundación se halla íntimamente relacionada con el funcionamiento de los ovarios, con la producción de sus hormonas, especialmente de los estrógenos, y con la cantidad de estas sustancias existentes en la sangre y en los órganos internos. Es bien sabido que existe una conexión directa entre el funcionamiento del hígado y de los ovarios, siendo la función del hígado inactivar los excesos de hormonas estrogénicas, que los ovarios arrojan en el flujo sanguíneo. La inflamación del hígado y la tendencia a la cirrosis son consecuencias características de la deficiencia de proteínas y son muy frecuentes en el Extremo Oriente y en ciertas regiones tropicales de otros continentes. Cuando se produce la degeneración del hígado, éste comienza a funcionar con menos eficiencia y no activa suficientemente el exceso de estrógenos. El resultado de ello es un marcado

aumento de capacidad reproductora en la mujer . . . Las deficiencias de proteínas provocan deficiencias en el funcionamiento del hígado; esto tiene como resultado una reducción o pérdida de la capacidad del hígado para activar los estrógenos; el exceso de estrógenos incrementa la fecundidad de la mujer" (11).

El sorites de Josué de Castro es concluyente en la más rígida de las lógicas formales. Pero no es sólo eso: el hambre lleva consigo también el peligro del alcoholismo y de la embriaguez. El indio no se emborracha sólo porque bebe mucho, sino porque bebe con el estómago vacío y con un organismo hambriento. Pienso sinceramente que las clases altas de nuestra sociedad beben más en una fiesta que el indio en su fin de semana. La diferencia está en que aquellas están bien alimentadas y el indio no. De ahí la embriaguez del indio. Y con la embriaguez la desinhibición de sus instintos primordiales: la crueldad y la sexualidad. Así, de rechazo, encontramos una fuente más de la explosión demográfica.

Parece que esta argumentación podría favorecer a los propulsadores de una campaña de control natal entre los países pobres y entre las clases marginadas. Sin embargo juzgamos que, basados en estos argumentos, la campaña es superficial e injusta. Primero porque la curación radical del mal ha de extenderse hasta la extirpación de su causa; segundo, porque estaríamos castigando a la pobreza en cuanto pobreza, como si la pobreza fuera voluntaria y el pobre un agresor injusto de la sociedad. No son los pobres, quienes han inventado el hambre y quieren, además, sufrirla.

Es cierto que la erradicación del hambre y de la incultura es un problema más complicado y más a largo plazo que la vasectomía o la esterilización química, pero eso no concluye que sea imposible y que sea un deber de las naciones más ricas.

b) La incultura causa de la explosión demográfica.

Con el hambre se junta la incultura como factor determinante de la explosión demográfica. Pensemos en esa mayoría de personas en los pueblos subdesarrollados, que viven en aldeas sin luz eléctrica y que viven en el más profundo analfabetismo. Algunos de ellos son proletarios urbanos, que trabajan su jornada de 40 horas semanales. Los más son campesinos, que carecen de trabajo regular y sólo están empleados en los tiempos de la recolección. En esa época toda la familia se traslada a las grandes fincas y ahorra su dinero para todo el año. ¿Qué hace el proletario en las horas de tiempo libre y qué el campesino en las estaciones no laborales?

Apenas podemos concebir la largura de esas horas, quienes tenemos tantos modos de diversión. Para ellos la lectura les está vedada, la televisión es un lujo, la contemplación de las grandes obras de arte un imposible. Apenas les queda otro medio de diversión y de satisfacción que aplacar sus instintos primarios: la comida y el sexo. Pero la satisfacción del primer instinto tampoco les es posible; sólo queda la satisfacción del segundo. Por eso puede Josué de Castro escribir con sangrante ironía que "hacer el amor se convierte en deporte nacional".

Pero ¿es imposible curar a nuestros pueblos de la incultura? El estudio de los gastos militares del mundo nos hace dudar de ello. No poseo los datos exactos de los gastos militares en la última guerra del Vietnam. Pero se calculó el costo de la última guerra mundial en 375 mil millones de dólares oro. Y en 1964 los gastos militares del mundo oscilaron entre 130 y 140 mil millones de dólares. Es decir, 14 millones de dólares por hora. Esto equivale al 8 o 9 o/o de todas las clases de bienes y servicios y representa las dos terceras partes del ingreso nacional de todos



. . . la incultura engendra el hambre, pero la incultura es engendrada por el feudalismo interno y el colonialismo exterior.

países subdesarrollados. El 85 o/o de los gastos militares los efectúan siete países: Canadá, USA, Francia, Inglaterra, República Federal de Alemania, China y la URRS. Según algunos interesados en el problema de la erradicación del hambre y del analfabetismo, para solucionarlo, al menos en un 50 o/o en Africa, se necesitarían 590 millones de dólares el primer año, 1.150, el segundo 1.880 a los cinco años y 2.600 en 1880. Si comparamos las cifras, apenas un 1 o/o de los gastos militares solucionarían grandemente el problema del analfabetismo en el continente más atrasado —según algunos— del globo. Con el costo de un nuevo tipo de bombardero y su equipo se podría haber pagado el sueldo de 250.000 maestros durante un año; se podrían haber construido 30 facultades de ciencias para 1.000 alumnos cada una; equipado 75 hospitales de cien camas, comprado 50.000 tractores o 15.000 segadoras. Con el costo de un portaviones se podría alimentar bien durante un año a 400.000 personas, etc. Con los gastos de la guerra del Viet-Nam podríamos haber procurado un mundo mejor.

No se trata, pues, de falta de medios; se trata de falta de mentalidad. En una mentalidad capitalista en que cada quien y cada nación debe proteger lo suyo y encontrar nuevos mercados en base a la necesidad de otros países, la guerra y la miseria de unos pueblos son la condición de posibilidad para el progreso de los grandes. Y, quizá, estos pueblos planifiquen la natalidad de los pobres, para no tener que preocuparse por su miseria y por su incultura. Porque, al menos, en nuestros países latinoamericanos no podemos hablar —en general— de densidad pavorosa de población: nuestra geografía está, por así decirlo, despoblada. Y no es la sobra de habitantes la causa de nuestra miseria, sino la falta de habitantes preparados, la escasez de técnicos y preponderancia de peonaje, la industrialización casi rudimentaria de nuestros pueblos. Latino América es la proveedora de materias primas a las industrias de Norte América y del Japón, que exportan después sus manufacturas a un precio superior. De esta manera dependemos del precio de las materias primas en el comercio, que ha sido impuesto por los compradores; y del precio de los artefactos manufacturados, que es impuesto por los productores.

La Conferencia General del episcopado latinoamericano de Medellín ha señalado bien estos factores: *“Nos referimos aquí, particularmente, a las consecuencias, que entraña para nuestros países su dependencia de un centro de poder económico, en torno al cual gravitan. De allí resulta que nuestras naciones, con frecuencia, no son dueñas de sus bienes ni de sus decisiones económicas . . .*

Distorsión creciente del comercio internacional. A causa de la depredación relativa de los términos de intercambio, las materias primas valen cada vez menos con relación al costo de los productos manufacturados. Ello significa que los países productores de materias primas sobre todo si se trata de monoprodutores permanecen siempre pobres, mientras que los países industrializados se enriquecen cada vez más. Esta injusticia, denunciada claramente por la

Populorum Progressio, malogra el eventual efecto positivo de las ayudas externas . . .

Fuga de capitales económicos y humanos. La búsqueda de seguridad y el criterio de lucro individual lleva a muchos miembros de los sectores acomodados de nuestros países a invertir sus ganancias en el extranjero. La injusticia de este procedimiento ha sido ya denunciada categóricamente por la Populorum Progressio. A ello se agrega la fuga de técnicos y personal competente, hecho tan grave como la fuga de capitales, o acaso más, por el alto costo de la formación de profesionales y el valor multiplicador de su acción.

Monopolios internacionales e imperialismo internacional del dinero. Queremos subrayar que los principales culpables de la dependencia económica de nuestros países son aquellas fuerzas, que, inspiradas en el lucro sin freno, conducen a la dictadura económica y al “imperialismo internacional del dinero” condenado por Pío XII en la Quadregesimo anno y por Pablo VI en la Populorum Progressio. (12).

Estas son las causas principales de la miseria, del hambre y de la incultura de nuestros pueblos no superpoblados, sino subalimentados. Está la campaña, que habría de emprenderse para un mundo mejor. Pero ello supone un cambio profundo de mentalidad.

3. DEPRECIACION DEL SEXO Y DE LA VIDA

Entre las últimas razones, en que se basa la densidad demográfica de nuestros pueblos, está el olvido del SER y de la VIDA. Estamos basados sobre una mentalidad capitalista y tecnicista. No nos importa tanto qué ES el sexo y qué ES propagar la vida, cuanto “cómo” se puede ejercer la actividad sexual, sin que se note en el presupuesto de la familia o del Estado. Hemos divinizado —o depreciado— al sexo. El ejercicio sexual es un deporte, un juego, una satisfacción, una liberación de tensiones, un ejercicio de machismo. Y hemos olvidado lo grande de la función sexual, que propaga vida. ¿Qué significa dar VIDA, hacer seres pensantes semejantes a nosotros?

De este olvido metafísico del ser se ha seguido como consecuencia la depreciación de la familia y de la vida conyugal. Según estadísticas, más del 50 o/o de los niños de América Latina son hijos ilegítimos. Quizá con la sola restauración del orden familiar reduciríamos en una buena cantidad la explosión demográfica de nuestro pueblo. Y, recordemos, no es la cantidad de hombres la que empobrece a nuestras naciones, sino la cantidad de hombres impreparados, ineducados, no verdaderamente paternizados. Son los padres irresponsables quienes procrean hijos inadaptados y problemáticos.

Por otra parte, ¿por qué la campaña de control de natalidad se dirige casi —o sin casi— exclusivamente a las mujeres? Una mujer puede tener, por término medio, un hijo al año; pero el macho puede hacer engendrar más de un



... la planificación de los pobres para no tener que preocuparse por su miseria.

centenar de hijos al año de diversas mujeres. Y el macho, que presume de machismo, abunda en nuestros países, ¿No sería más eficaz el control de natalidad en los hombres? La castración masculina es más sencilla, menos sangrienta y más eficaz que la femenina. ¿Será que la campaña de control natal está organizada por hombres varones y supone en el fondo una desvalorización de la mujer, como persona a la que se le puede someter y sacrificar más fácilmente? No abogo por la esterilización ni castración en ninguno de los sexos. Me lo impide la veneración casi sagrada ante lo que es capaz de crear vida humana. Pero no puedo resistir la tentación de sospechar una fuerte dosis de machismo en el planteamiento de la campaña esterilizadora. Tan generadores de vida son los varones como las mujeres.

En fin, concluyo. *La campaña de control de natalidad*, como empresa mundial dirigida sobre todo a los pueblos del tercer mundo, me parece carente de base científica, culpablemente superficial —olvida las causas más profundas y más humanas de la explosión demográfica— y en sí misma cínica. Los pueblos grandes quieren que los pobres paguen su multa por ser pobres. Quizá mi estudio parezca unilateral y simplista. Al menos, las razones propuestas en él me parecen válidas.

1. JOSUE DE CASTRO, *Geografía del Hambre*, Ediciones

Cid. (Madrid). Nos basamos fundamentalmente en esta obra, por la autoridad indiscutible de su autor: ex Presidente del Consejo de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y Agricultura; en contacto directo con los servicios de la ONU, que le han facilitado todos los datos y observaciones; profesor universitario acostumbrado al rigor científico y viajero infatigable del mundo, para constatar la situación pavorosa del hambre.

2. O. c. pág. 32.

3. O. c. pág. 32.

4. O. c. pág. 28.

5. O. c. pág. 50.

6. O. c. pág. 213, 214.

7. O. c. pág. 216, 218.

8. O. c. pág. 29.

9. O. c. pág. 94, 95.

10. O. c. pág. 95.

11. O. c. pág. 196.

12. *La Iglesia en la actual transformación de América Latina a la luz del Concilio. Vol. II. II, Conclusiones (Bogotá 1969).* 67, 68.

NOTA: algunas de las fotos tomadas de "Zona Franca".